FUENTES BÍBLICAS, CLÁSICAS Y CONTEMPORÁNEAS DE *LOS VEINTIÚN LIBROS RITUALES Y MONARQUÍA INDIANA*

ELSA CECILIA FROST

DE TODAS LAS ACUSACIONES hechas a la *Monarquía indiana* ninguna hay tan pertinaz y tan justificada como la de su casi insufrible erudición. Fray Juan de Torquemada no parece ser capaz de aventurar afirmación alguna sin tener tras de sí todas las autoridades imaginables: bíblicas o paganas, patrísticas o talmudistas, antiguas o contemporáneas. En su afán de partir de una base fuera de toda duda, el franciscano va acumulando citas, ejemplos y apostillas casi indescifrables que, unidas a la anárquica puntuación de la época, convierten la lectura de su obra en "nuevo género de martirio". El hilo del relato se corta tantas veces, son tantas las nimiedades que se interpolan, que en ocasiones se tiene la impresión de estar en un laberinto en el que lo mismo puede salir al paso alguno de los Padres que un grave filósofo o un poeta elegíaco, sin que pueda verse qué relación guardan con —digamos— la forma en que los indios celebraban la fiesta de la diosa Tocitzin.[1] Para quien emprende el estudio de la monumental obra de Torquemada en busca de datos sobre la historia de México —y dados los tiempos que corren no queda al parecer quien pueda dedicarse a su lectura por mero placer—, tal uso y abuso de erudición acaba por ser tan fatigoso que las quejas no se hacen esperar. Como si se hubieran puesto de acuerdo, todos los comentaristas de la *Monarquía indiana* lamentan esta manía del franciscano por obsequiarnos "con múltiples digresiones históricas o morales, unas breves, otras interminables, pero casi siempre inútiles".[2] Y aun quienes, como Alejandra Moreno Toscano, se han acercado a la obra con la mejor disposición —recuérdese que uno de los trabajos que le dedica se llama precisamente "Vindi-

[1] Cf. lib. x, cap. XXIII.

[2] Joaquín García Icazbalceta, "Noticias sobre el autor y la obra", en su edición de la *Historia eclesiástica indiana* de Mendieta, México, Editorial Porrúa S.A., 1971 (2a. ed., facsimilar de la 1a.), p. XXXV.

cación de Torquemada"—,[3] acaban por sucumbir a la fatiga. Así, si bien esta comentarista reconoce que "es muy significativo . . . que se refiera bastante a menudo a la historia griega, romana, hebrea y egipcia", pues "la razón de todas estas abundantes comparaciones . . . [es] el deseo apenas velado por tratar de introducir a la historia indígena dentro del mundo de las culturas llamadas clásicas",[4] algunas páginas más adelante dirá que "las continuas referencias a la historia clásica, griega, romana y hebrea, hacen fatigosa la lectura",[5] para terminar por hacer un resumen exasperado de todos los obstáculos que el propio Torquemada opone a la utilización de su escrito: "prosa oscura y a veces demasiado confusa . . . párrafos interminables . . . frecuentes digresiones y vacilante puntuación",[6] opinión que repite en su otro estudio sobre este cronista.[7]

Para agravar la situación, esta irritación no es sólo general como ya vimos, sino también muy vieja. No se trata de que esta prosa barroca nos resulte ahora extraña sino que desde muchos años atrás no se comprende a dónde nos lleva, no se ve utilidad alguna a las digresiones, ni los ejemplos edifican ya a nadie. Por el contrario, todo ello parece tan superfluo que de inmediato simpatizamos con Alzate cuando nos dice haber "examinado [la] obra con el fin de separar en ella lo útil de tanta erudición impertinente y hacer una impresión reducida a un solo volumen".[8] Tan convencido estaba de lo mucho que con ello se saldría ganando que añade que sólo el elevado costo de la edición le impidió llevarla a cabo. Por ello, y por lo necesario que le parecen estos cortes, ofrece enviar a Madrid "la obra expurgada de todo lo superfluo" si hubiera allá quien la costeara.

Muchos años, mejor dicho, más de un siglo después, el doctor Garibay repetirá la misma idea y propondrá a algún joven laborioso y entusiasta la empresa de refundir la *Monarquía indiana* "eliminando las disertaciones impertinentes [y] aligerando el estilo".[9]

Por lo que sé, la primera vez que Miguel León-Portilla se acercó a Torquemada —y a pesar de decir que "sigue echándose de menos

[3] *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. XII, núm. (48), abril-junio de 1963.

[4] *Ibid.*, p. 507.

[5] *Ibid.*, p. 514.

[6] *Ibid.*

[7] Cf. *Fray Juan de Torquemada y su "Monarquía indiana"*, Jalapa, Universidad Veracruzana, 1963.

[8] José Antonio Alzate, *Notas críticas a la "Historia antigua de México" del abate don Francisco Javier Clavijero*, nota 4, p. 81, en Roberto Moreno, "Las notas de Alzate a la 'Historia antigua' de Clavijero (addenda)", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, 1976, núm. 12, p. 93.

[9] Ángel Ma. Garibay K., *Historia de la literatura náhuatl*, 2 vols., México, Editorial Porrúa S.A., 1953-1954, t. II, p. 47.

a ese joven"— hizo una antología de esta crónica para uso de estudiantes, en la que siguió precisamente estos lineamientos. Es decir, suprimió las citas bíblicas y de autores clásicos, "dejando al descubierto lo que es manantial de información sobre el pasado indígena".[10]

Como vemos, la opinión de los críticos es unánime y en tanto no tengamos a la mano esa anhelada edición expurgada, parecería que la lectura del franciscano es como un *tour de force* exigido a los interesados en la historia de México a fin de probar la calidad y cantidad de su interés. Pero ¿se trata realmente de textos superfluos? Y de ser así, ¿por qué cayó fray Juan en esos excesos que tan pedantes nos resultan?

Creo que debe desecharse de antemano la idea de que se trate de un mero capricho estilístico del franciscano, ya que, a lo largo de toda la obra, reitera su deseo de claridad y sencillez. Tampoco resulta convincente la hipótesis de que es un vano despliegue erudito para deslumbrar al lector incauto, pues tales vanidades mal se avienen con el espíritu de humildad que debe caracterizar a los hijos de San Francisco. La solución se encuentra, más bien, en la dirección que ya señala Alejandra Moreno Toscano al hablar del deseo de introducir la historia indígena en el marco de las culturas clásicas. Desde luego, el lector moderno puede preguntarse también ahora por qué, pero la respuesta, en tiempos de Torquemada, era ineludible. Pues a pesar de las graves censuras morales que los primeros Padres lanzaron contra el mundo antiguo, pocos —y más bien excéntricos— fueron quienes se atrevieron a condenar la cultura clásica como tal. Así, ya desde el primer siglo de la era cristiana se inició un proceso doble que llevó por una parte a la helenización del cristianismo —y esto permitió la supervivencia de todos los valores intelectuales de la Antigüedad— y por la otra a la cristianización del mundo helénico, haciéndolo entrar con ello en el plan providencial de Dios. La historia grecorromana adquirió así un sentido y la filosofía antigua se convirtió en antesala de la teología cristiana. Griegos y romanos resultaron de este modo paradigma de lo que el hombre puede alcanzar sin la Revelación, en tanto que la Biblia —para Torquemada, como para todos sus antecesores y contemporáneos, suma del máximo conocimiento accesible al hombre— expresa no sólo verdades que están más allá de la razón natural sino que muestra también piadosamente los pecados y errores en que pueden caer hasta los elegidos del Señor.

Volvamos ahora a nuestro fraile cronista y al peculiar problema al

[10] Miguel León-Portilla, "Introducción" a la *Monarquía indiana*, Biblioteca del Estudiante Universitario, México, UNAM, 1964, p. IX.

que se enfrentaba y veamos cómo tratará de resolverlo mediante el uso de textos clásicos y sagrados.

Fray Juan de Torquemada va a escribir sobre un pueblo que, como griegos, romanos y tantos otros, vivía sumido en la oscuridad de la idolatría. Pero, en contraste con los pueblos del Viejo Mundo de cuya "humanidad" nunca se había dudado, los naturales de la Nueva España cayeron en prácticas rituales tan repugnantes y espantosas que fueron muchos los españoles que no vacilaron en calificarlos de "bestias" y en tratarlos en consonancia. Para Torquemada —como para quienes le antecedieron en la defensa del indio— tal razonamiento es falaz y tal actitud sólo podía ser consecuencia de la ignorancia histórica. Fray Juan se lanza, pues, a las profundas aguas de la erudición bíblica y clásica a fin de probar no únicamente que los logros de los indígenas americanos eran comparables a los de los otros pueblos paganos, sino, lo que es más importante, que sus idolatrías y su sangriento culto tenían una contrapartida en el mundo antiguo. Por tanto, tan hombres o tan bestias unos como otros. Y así lo dice en el prólogo al libro VII:

> "Y no te parezca fuera de propósito, tratando de indios occidentales y de su modo de religión, hacer memoria de otras naciones del mundo, tomando las cosas que han usado desde sus principios; porque uno de mis intentos, escribiendo esta larga y prolija historia, ha sido dar a entender que las cosas que estos indios usaron, así en la observancia de su religión como en las costumbres que tuvieron, que no fueron invenciones suyas, nacidas de su solo antojo, sino que también lo fueron de otros muchos hombres del mundo, y que nada hicieron éstos que no fuese costumbre y hecho antiguos."

Es decir, su propósito es romper los estrechos moldes europeos acerca de lo que es un hombre y hacer ver que, si bien situados en un estadio cultural diferente, estos indios nada tienen de bestiales. De ahí que los libros más cargados de citas sean justo los que más propiamente llevan el nombre de "rituales", o sea, los que van del VI al XIV inclusive. (Aunque tampoco debe perderse de vista que es esta parte la que tiene como fuente la obra del padre Las Casas.)

Pero aún hay más. Y es que Torquemada hace suya la concepción de la historia propia del cristianismo y la aplica a los sucesos que relata. Se trata, como es evidente, de una visión providencialista, de acuerdo con la cual el descubrimiento de América y la conquista de México ocurrieron en el momento designado por Dios y tienen un lugar en el esquema divino. No es posible entrar ahora en una exposición de este sentido providencialista de la historia surgido del cristianismo lo importante es que, de hecho, los sucesos de esta época

parecen encajar sin mayor esfuerzo en un plan divino. Tengamos en cuenta que, según una creencia popular tanto de la Edad Media como de nuestros días, Dios creó al hombre para llenar los lugares que la rebelión de los ángeles había dejado vacíos y que, después, cuando el pueblo elegido rechazó al Mesías encontró otros hombres que acogieran el Evangelio. ¿Qué de extraño tiene pues —se preguntarán los cronistas franciscanos— que en el momento en que media Europa rompe sus lazos con el vicario de Cristo un puñado de españoles logre someter un dilatado imperio y ganarlo para la fe católica? Motolinía y Mendieta vieron ya el descubrimiento y la conquista de este modo y Torquemada no hace más que seguir sus huellas. En consecuencia, a fin de que esta verdad sea visible a todos, fray Juan recurre, de nuevo lo mismo que sus antecesores, a un método de prueba por analogía, tan familiar para ellos como ajeno a nosotros. Se trata, en resumen, de interpretar, con ayuda de los Santos Padres, las Sagradas Escrituras a fin de encontrar en ellas el significado último de los acontecimientos. Esto explica por qué encontramos libros como el IV —"De la conquista de México"— en el que, tras de relatar pormenorizadamente la vida de Cortés desde su nacimiento hasta el momento en que logra la sujeción de Tenochtitlan en capítulos casi limpios de cualquier referencia erudita, cae al final en nuevos excesos y las citas se suceden unas a otras. Si nos fijamos en ellas, veremos que la mayoría procede de la Biblia —y en especial de los profetas: Ezequiel, Daniel, Amós—, lo que nos da la clave del propósito perseguido, que no es el exaltar la obra de los hombres sino mostrar el poder de Dios. Así afirma el texto: "Finalmente feneció este imperio y monarquía mexicana, y esto no acaso, sino muy de propósito por voluntad de Dios... y si no fuera esto así... ¿qué poder era el de Fernando Cortés para vencerlos y destruirlos, pues para cada español había un millón de indios y mil veces se vieron desbaratados y puestos en huida de ellos"?[11]

A pesar de lo breve de la exposición sobre su forma de argumentación —que sin duda habría dejado descontento a Torquemada— creo que es posible ver que las citas y referencias siguen un orden riguroso y lógico. Son escasas cuando el franciscano se limita a relatar un hecho y abundantísimas cuando se trata de probar una hipótesis. Como dice Phelan, son parte de la arquitectura misma de la obra y son lo que le da su unidad interna.[12] Hacerlas desaparecer del texto es desde luego posible y aun ventajoso cuando lo que se tiene en mente es la adquisición de información fáctica sobre el pasado indígena

[11] Lib. IV, cap. CV.

[12] John L. Phelan, *El reino milenario de los franciscanos en el Nuevo Mundo*, México, UNAM, 1972, pp. 163-164.

y el primer siglo de vida colonial, pero también es preciso cobrar conciencia de que, al hacerlo así, despojamos a la crónica de su base misma, de esa "visión con sentido profundamente humanista y universal" que —como afirma León-Portilla—[13] se deriva del concepto cristiano de la historia.

Pasemos, por último, a ver más detenidamente de qué fuentes se vale el padre Torquemada para lograr su intento. Utiliza, como ya hemos visto, la Biblia y lo hace con una profusión tal que sólo seis de los profetas menores —Joel, Abdías, Jonás, Nahum, Sofonías y Ageo— no aparecen en el texto o las apostillas. Las citas, en latín o castellano, son siempre literales y parece que fray Juan tuvo continuamente a la vista el texto de la Vulgata, ya fuera para copiarlo o para traducirlo cuidadosamente. La numeración de los Salmos prueba asimismo que utilizó la versión latina. De hecho, sólo hay un caso desconcertante —en el capítulo XIV del libro VIII—, ya que en vez de citar, como lo hace habitualmente, los libros 1, 2, 3 o 4 de los Reyes, se refiere ahora a Samuel de acuerdo con la versión hebrea. ¿Significa esto que nuestro fraile tenía y manejaba una Biblia masorética o es más bien el resultado de haber copiado un texto ajeno? La pregunta quedará sin respuesta, porque lo único que puede afirmarse es que su fuente —fray Bartolomé de las Casas— cita siempre de acuerdo con la Versión de los Setenta.

Pero si este caso es difícil, lo es mucho más establecer quiénes son algunos de sus autores clásicos, ya que, además de griegos y latinos y de los principales Padres de la Iglesia, cita a todos los glosadores medievales. Dado el momento y las condiciones en que escribió, creo que puede abandonarse la idea de que los conventos franciscanos tuvieran bibliotecas tan ricas que permitieran consultar a cada paso los textos necesarios para lograr esta pasmosa erudición. Más sensato me resulta suponer la existencia en ellos de algunos libros básicos y de numerosas *catenas,* especies de antologías medievales en las que aparecen por orden las sentencias y glosas de los Padres griegos y latinos sobre los textos sagrados. Tales compendios permitieron, durante toda la Edad Media, el despliegue de una erudición abrumadora en manuscritos y sermones. En ello, fray Juan de Torquemada sigue una tradición y supongo que si se le hubiese preguntado a boca de jarro quiénes eran Actesias (citado por "Tertuliano, en el *Apologético*") u Onutrio,[14] se vería en los mismos apuros que nosotros para contestar. Por otra parte, el hecho de que muchas citas de los filósofos antiguos sean más bien paráfrasis hace pensar que se trata de

[13] Cf. la "Introducción" de Miguel León-Portilla citada en la nota 10, p. XL.
[14] Cf. lib. XIII, caps. VIII y XL.

citas, de citas de citas, un tanto desgastadas ya por el uso, cuya procedencia es imposible establecer. Las dudas nos asaltan así a cada paso. Por ejemplo, ¿se confundió el padre Torquemada al referirse a Olao Magno, autor de unas *Historias verdaderas,* como "obispo upsaliense"? Pues si bien existió efectivamente un sueco llamado Olaus Petri que escribió una *Crónica,* las enciclopedias nos dicen que el obispo de Upsala no era él sino su hermano Lars Petersson.

Curiosamente, de este sondeo de la erudición de fray Juan podemos sacar una conclusión inesperada que nos lleva a "excusarlo, cuando menos en parte, del título de plagiario que algunos le han dado". Pues sucede que, aun en aquellas partes en que es evidente el trabajo ajeno que le sirve de base, las citas difieren. Por ejemplo, entre las 438 autoridades no bíblicas manejadas por Torquemada y las 280 que se encuentran en el padre Las Casas, sólo hay 170 coincidencias que no son totales, pues aunque citen al mismo autor no siempre se hace referencia a la misma obra. Ya esto sólo nos hace ver la acuciosidad con que el franciscano trabajó su texto. Cosa que se revela también en su manejo de autores contemporáneos. Que estuviera enterado de la labor de Enrico Martínez ("hombre sabio en astrología y cosmografía") o del "doctísimo" agustino fray Alonso de la Veracruz resulta natural y casi necesario dadas las dimensiones del escenario en que todos se movían. En cambio sorprende que quien escribe en la Nueva España pueda estar al tanto de las novedades editoriales de España. Así cuando cita al médico y teólogo, Blas Álvarez de Miraval, autor de *La conservación de la salud del cuerpo y del alma,* no podemos menos que comprender el ingenuo orgullo con el que cita la fecha de edición: 1599.[15]

Este examen quizá nos permitiría también atribuirle un espíritu libre y un tanto ecléctico, puesto que, apartándose de la tradición, utiliza libros apócrifos, tanto bíblicos —por ejemplo, el 4 de Esdras, que "anda impreso, juntamente con los otros libros canónicos, [aunque] no es recibido de nuestra madre la Iglesia por tal"—,[16] como clásicos —*El libro de las maravillas* de Aristóteles, "si acaso es suyo y no compuesto de otro".[17] Y a éstos agrega ejemplos tomados de rabinos, del *Targum,* de la *Mishna* y aun de quien fue enviado a la hoguera por hereje, el dominico fray Jerónimo Savonarola.[18]

Después de todo esto quizá no quede nadie que se atreva a leer esta crónica hasta que se publique el texto expurgado. Pero permíta-

[15] Lib. I, cap. IV.
[16] Lib. I, cap. IX.
[17] Lib. XIII, cap. VIII.
[18] Lib. XX, cap. LXXXIII.

seme decir que, a pesar de todas las críticas en contra y reconociendo que son justas en la mayoría de los casos, precisamente porque el mundo intelectual de este cronista está tan alejado del nuestro, sus comparaciones y noticias resultan tan inesperadas como divertidas. ¿Se nos habría ocurrido alguna vez a nosotros pensar que la conjura de Martín Cortés no fue más que una necedad nacida del "desconcierto del estómago"?[19] Y ¿quién podría señalar en la actualidad con la seguridad con la que lo hace este fraile que el fabuloso Preste Juan gobierna (así, en presente) "la Etiopía, que está entre el mar Bermejo y el Nilo"?[20] Otras veces nos proporciona complicadísimas etimologías que dice haber hallado junto a "un papel donde estaban escritas unas cláusulas del testamento de don fray Bartolomé de las Casas" y que le atribuye "por ser un mismo lenguaje . . . y el mismo estilo".[21] Tales etimologías demostrarían —cosa que no acepta el franciscano— el linaje judío de los indios, pues los caribes "llaman la canoa, de *canon,* en hebreo, que quiere decir *statio in aqua,* estancia en el agua, porque los sustenta en el agua. La pimienta de las Indias llaman ají, de *axa* hebreo, que quiere decir furor o cosa furiosa, por el gran calor y furia que tiene que quema la boca . . ."

¿Quién hay ahora que sepa, sin leer la *Monarquía indiana,* que en algunas islas, hasta la elevación de ochenta y tres grados, habitan los esclerígeros, "que por otro nombre se llaman pigmeos que . . . tienen sus batallas campales con las grullas"? Torquemada dice que "el que quisiere ver esto, y otras cosas muy curiosas y de ingenio y aun increíbles" . . . podrá leerlas en las *Historias verdaderas* de Olao Magno, "si le pudiera haber a las manos",[22] y como sé que esto es imposible, quien tenga tiempo y gusto que lea los *Veintiún libros rituales y monarquía indiana* y encontrará cosas aún más curiosas.

[19] Lib. v, cap. xviii.
[20] Lib. i, cap. vii.
[21] Lib. i, cap. ix.
[22] Lib. i, cap. iv.